

## Centenario del teólogo Karl Rahner

Casiano Floristán \*

EL 5 de marzo de 1904, hace cien años, nació en Friburgo de Brisgovia Karl Rahner, probablemente el teólogo de más fecundidad y calado espiritual de la Iglesia católica en el siglo XX. Después de ordenarse sacerdote jesuita en 1932, estudió historia de la filosofía en Friburgo, donde siguió la enseñanza de M. Heidegger y escribió su tesis *El Espíritu en el mundo*, que fue rechazada por su director Honcker por excesivamente heideggeriana. Este percance le condujo a dedicarse al estudio de la teología, influido por la lectura de las obras del profesor de Lovaina Joseph Maréchal, promotor de un tomismo moderno.

Karl Rahner fue profesor de dogmática en Innsbruck a partir de 1937. En 1964 fue llamado desde la Facultad de Teología de Munich para suceder a Romano Guardini en su cátedra, donde no triunfó. Fue en 1967 a Münster, donde estuvo cuatro años, y terminó por volver a su refugio teológico de Innsbruck. Se retiró de la docencia universitaria en 1971 y murió el 30 de marzo de 1984, justamente días después de celebrar su ochenta aniversario. Recordemos que para los judíos, la celebración del ochenta

cumpleaños es la entrada en la sabiduría de Dios.

Fue persona de contrastes. Por su carácter desabrido y ronca voz, pero exquisito de trato, fue motejado por uno de sus discípulos y amigos de "gruñón encantador". Sincero hasta el extremo, se oponía a todo lo que rezumaba falsedad. Mostraba con los necesitados de consejos una paciencia y serenidad admirables. Al mismo tiempo que refunfuñaba cuando le importunaban, denotaba un espíritu risueño e infantil. Sentía curiosidad por las personas más que por los paisajes. Era capaz de concentrarse en cavilación profunda. A pesar de ser hurraño, dio muestras de saber trabajar en equipo. Para muchos de sus discípulos y admiradores fue teólogo iluminador y compañero fraterno en la andadura de la fe.

Su extraordinaria actividad está avalada por los 4.000 títulos entre libros y artículos que publicó. Sus obras completas, en curso de edición, ocupan 30 volúmenes. Escribió en latín –lengua que manejó con soltura– tres gruesos tomos sobre la gracia, la creación y la penitencia. Impartió conferencias, predicaciones, sermones de

\* Catedrático emérito de Teología Práctica. Madrid.

cuaresma, ejercicios espirituales y programas radiofónicos. Hizo incursiones originales y profundas en multitud de disciplinas: exégesis, patrística, teología dogmática, teología pastoral, cristología, espiritualidad, ecumenismo, teología sacramental, eclesiológica, ética y ascética y mística ignacianas. Sus publicaciones han sido traducidas a más de quince idiomas. Fue nombrado doctor *honoris causa* en varias universidades y recibió oportunos homenajes al cumplir los sesenta, setenta, setenta y cinco y ochenta años. Nunca se vanaglorió de sus éxitos y reconoció sus limitaciones.

Al mismo tiempo que amó a la Iglesia profundamente, criticó sus estructuras obsoletas, sus desvíos y desvaríos, lo que le acarreó avisos, reprimendas y prohibiciones del Santo Oficio, que nunca alteraron su actitud eclesial de fidelidad. Encontró siempre apoyo en la curia romana de los jesuitas. Padebió dificultades en 1951 a la hora de publicar su mariología y su tratado de la penitencia. Por decisiones superiores, sus escritos fueron sometidos en junio de 1962 a censura previa romana. Incluso se le prohibió hablar y escribir, pero en octubre de 1962 le nombró Juan XXIII perito del Concilio Vaticano II. Fue criticado desde la derecha y desde la izquierda dentro de la Iglesia.

Sincero hasta la rudeza, fue un hombre incómodo. Reflexionaba científicamente y componía plegarias. Odiaba la beatería afectada y la seguridad de los satisfechos. Nunca hizo migas con la neoescolástica de su tiempo. En los momentos terribles de auge nazista se retiró a Viena, donde ejerció con dedicación el ministerio sacerdotal hasta que acabó la segun-

da guerra mundial. Al final de sus días dijo en una entrevista que "las visitas del papa no bastan para darle a la Iglesia nuevo brillo, autoconciencia y mentalidad incisiva. Por eso pienso que nos sumimos, sin tener que hacerlo necesariamente, en cierta laxitud y en un *tiempo de invierno* de la Iglesia". Revelador fue el análisis extraordinariamente lúcido que hizo en su libro *Cambios estructurales en la Iglesia*.

Durante el Concilio desplegó una actividad frenética, avalado por el conocimiento que tenía de la tradición, de su capacidad teológica y de su dominio del latín. Formó parte de la Comisión Teológica y participó en la redacción de las constituciones *Lumen Gentium* y *Dei Verbum*. De hecho hay huellas de su teología en todos los textos conciliares. Tomó en serio dos propósitos del concilio: el diálogo y la apertura de la Iglesia al mundo.

Criticó el adoctrinamiento de las fórmulas escolásticas y abogó por un "acercamiento antropológico" para salvar la sima entre transcendencia y experiencia humana. Entiende que la experiencia humana es experiencia de finitud, de verdad y responsabilidad, amor y fidelidad. La transcendencia, en cambio, es apertura radical al misterio, orientación dinámica hacia el infinito, horizonte de comprensión de todas las experiencias, experiencia originaria y experiencia de Dios. Rahner se centró en el misterio incomprendible de Dios, es decir, Dios como misterio absoluto, meta inseparable del hombre. Formula poéticamente su concepción teológica de este modo: "el hombre, ocupado con los granos de arena de la playa, vive a las orillas del mar infinito del misterio".